

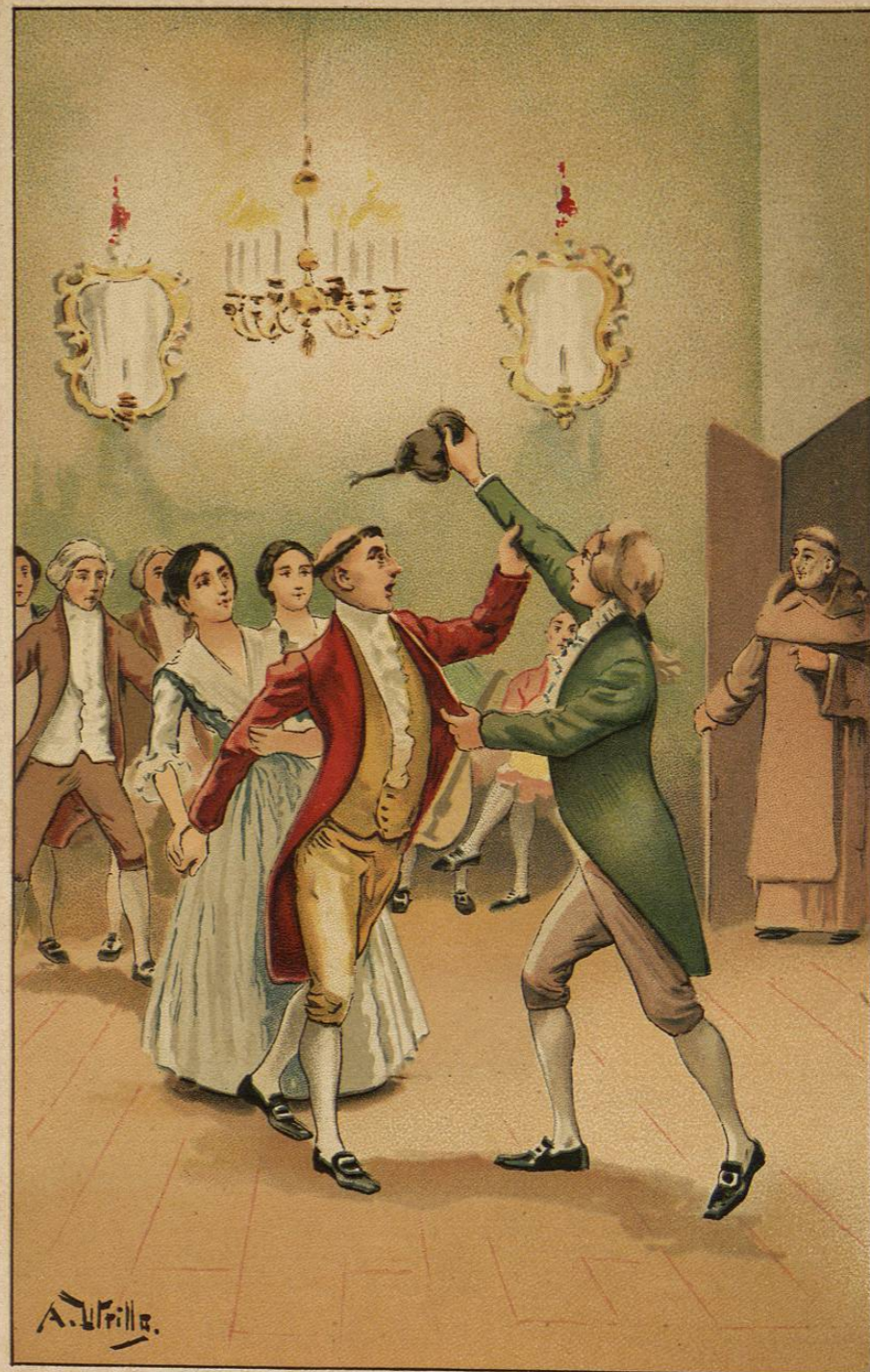
de cuantos años le costó su genio para la conquista de la ciudad de México, lo que no le fué muy difícil conseguir, como yo me he estado acostumbrada á resistir estos ataques de su ira, y él general señaló día, hora y lugar para el combate.

El combate no fué un día de parte compactada, y cuando la batalla estaba empezada adelantéme un día á través de su nuevo y traidor ejército, entré yo como de sorpresa, fingiendo una cólera y unos celos implacables, y dándole algunas bofetadas, y el llo de su ropa, que previne, la puse en la puerta de la calle.

La infeliz se me arrodilló, lloró, perjuró é hizo cuanto pudo para satisfacerme; pero nada me satisfizo, como que yo no habia menester sus satisfacciones sino su ausencia. En fin, la pobre se fué llorando, y yo y Roque nos quedamos riendo y celebrando la facilidad con que se habia desvanecido el formidable espectro que detenia mi casamiento.

Pasados ocho días de su ausencia, se celebraron mis bodas con el lujo posible, sin faltar la buena mesa y baile que suele tener el novio luego en estas ocasiones.

A la mesa convidé á mis parientes y amigos, y muchos á quienes yo no conocia, pero que se me ofrecieron como de circunstancias aduladores, y yo no podia resistir de esa mesa sin hocorno; pero ello



...uno de ellos, afianzando á su enemigo del peinado, se quedó con el casquete en las manos

es que acortaron la ración á los legítimamente convidados y fueron causa de que la pobre gente de la cocina se quedase sin comer.

Concluída la comida se dispuso el baile, que duró hasta las tres de la mañana, y hubiera durado hasta el amanecer si un lance gracioso y de peligro no lo hubiera interrumpido.

Fué el caso que estando la sala llena de gente, no sé por qué motivo tocante á una mujer, de repente se levantaron de sus asientos dos hombres decentes, y habiéndose maltratado de palabra un corto instante, llegaron á las manos, y el uno de ellos, afianzando á su enemigo del peinado, se quedó con el casquete en las manos, y el contrario apareció secular en todo el traje y sólo fraile en el cerquillo.

En este momento depuso la ira el enemigo; la mujer, objeto de la riña, desapareció del baile; todos los circunstantes convirtieron en risa el temor de la pendencia, y el religioso hubiera querido ser hormiga para esconderse debajo de la alfombra.

En tan ridículas circunstancias salió en su traje aquel buen religioso, que os he dicho que era tío de mi mujer, el que, por muchas instancias, y con la ocasión de haberse casado su sobrina había asistido á la mesa públicamente y se divertía un rato con el baile, casi escondido en la recámara. Salió de ella, digo, y lleno de una santa

cólera, encarándose con el religioso disfrazado, le dijo:— Ni sé si hablarle á usted como á religioso ó como á secular, pues todo me parece en este instante, porque de todo tiene, como el murciélago de la fábula, que cuando le convenía ser ave alegaba tener alas, y cuando terrestre lo pretendía probar con sus tetas! Usted por la cabeza parece religioso, y por el cuerpo secular; y así vuelvo á decir, que no sé por qué tenerlo y cómo tratarlo, aunque la buena filosofía me dicta que es usted religioso, porque es más creíble que un religioso extraviado se disfrace en traje de secular para ir á un baile, que no que un secular se abra el cerquillo para el mismo efecto.

Pero siendo usted religioso ¿no advierte que con presentarse en un baile en semejante traje da á entender que se avergüenza de tener hábitos, porque éstos no parecen bien en los bailes? ¿No está pregonando su relación y cometiendo una interrumpida apostasía? ¿No ve que infringe el voto de la obediencia? ¿No reflexiona que escandaliza á sus hermanos que lo saben y á los seculares que lo conocen, pues es muy raro el religioso que no es conocido por algunos individuos en un baile? ¿No atiende á que quita el crédito á sus prelados injustamente, pues los seculares poco instruídos creerán que el disimulo ó la indolencia de sus superiores produce estas licencias desordenadas, cuando los que tenemos en las religiones el cargo de gobernar á los demás, por más que

hagamos, no podemos muchas veces contener á los díscolos ni penetrar los infernales arbitrios de que se valen para eludir nuestro celo y vigilancia?

Y si esto es sólo por el hecho de presentarse en un baile vestido de secular, ¿qué será por venir con mujeres y suscitar en tales concurrencias riñas y pendencias por ellas con la ocasión perversa de los celos?

No quiero aquí saber ni quién es, ni en qué religión ha profesado; básteme ver en usted un fraile y considerar que yo lo soy, para avergonzarme de su exceso. Pero, hermano de mi alma, ¿qué más hará el secular más escandaloso en tales lances, cuando ve que un religioso que ha profesado la virtud, que ha jurado separarse del mundo y refrenar sus pasiones, es el primero que lo escandaliza con su perverso ejemplo? ¿Qué dirán los señores que conocen á usted y están presenciando este lance? Los prudentes lo atribuirán á la humana fragilidad, de la que no está el hombre libre, no digo en los claustros, pero ni en el mismo apostolado; pero los impíos, los necios é imprudentes, no sólo murmurarán su liviandad, sino que vejarán su misma religión, diciendo: los frailes de tal parte son enamorados, curros, valentones y fandangueros como fulano; cediendo sin ninguna justicia en deshonor de su santa religión, el escándalo personal que acaba usted de darles con su mal ejemplo.

Quizá, y sin quizá, algunas determinadas religiones son el objeto de la befa privada en boca de los libertinos imprudentes por esta causa... Pero ¿qué dije *privada*? La mofa pública y general que han sufrido casi todas las religiones no la ha motivado sino el mal proceder de algunos de sus hijos escandalosos y desnaturalizados.

No por esto se crea que yo soy un fraile que me escandalizo de nada ni me hago el santo. Soy pecador, ¡ojalá no lo fuera! sé que el descuido de usted ni es el primero ni el más atroz de los que el mundo ha visto; sé también que hay ocasiones en que es indispensable á los religiosos asistir á los bailes; pero sé que en estas ocasiones pueden estar con sus hábitos, que nada indecorosos son cuando visten á un individuo religioso; sé que la sola asistencia de un fraile en un baile, con licencia tácita ó expresa de su prelado, no es pecado; sé que no es menester que el dicho religioso en tales lances juegue, baile, riña, corteje ni escandalice de modo alguno á los seculares; antes sí, tiene en los mismos bailes y concurrencias un lugar muy amplio para edificarlos y honrar su religión sin afectación ni monería. Lo mismo dijera de los clérigos si me perteneciera. Y esto ¿cómo se puede lograr á poca costa? Con no manifestar inclinación á ellos ni tenerla en efecto, y con portarnos como religiosos, cuando la política ú otro accidente nos obligue á asistir á las funciones de los seculares.

No soy tan rigorista que tenga por crimen todo género de concurrencia pública con los seglares. No, señor; la profesión religiosa no nos prohíbe la civilización que le es tan natural y decente á todo hombre; antes muchas ocasiones debemos prestarnos á las más festivas concurrencias, si no queremos cargar con las notas de impolíticos y cerriles. Tales son, por ejemplo, la bendición de una casa ó hacienda; el parabién de un empleo ó la asistencia á su posesión; una cantamisa, un bautismo, un casamiento y otras funciones semejantes.

En una palabra, en mi concepto no es lo malo que tal cual vez asista un religioso á estos actos, sino que sea frecuente en ellos, y que no asista como quien es, sino como un secular escandaloso.

La virtud no está reñida con la civilización. Jesucristo, que nos vino á enseñar con su vida y ejemplo el camino del cielo, nos dejó autorizada esta verdad, ya asistiendo á las bodas y convites públicos que le hacían, ó ya familiarizándose con los pecadores como con la Samaritana y el Publicano. ¿Pero cómo asistía el Señor á tales partes, para qué, y cuál era el fruto que sacaba de sus asistencias? Asistía como la misma santidad; asistía para edificar con su ejemplo, instruir con su doctrina y favorecer á los hombres con sus gracias, siendo el fruto de tan divinas asistencias la conversión de muchos pecadores extraviados. ¡Oh! Si los religiosos que asisten á

funciones y convites profanos no fueran sino á edificar á los concurrentes con sus modestos ejemplos, ¡qué diferente concepto no formaran de ellos los seglares, y cuántas llanezas y atrevimientos pecaminosos se excusarían con su respetable presencia!

Eh; basta de sermón. Si he excedido los límites de una reprensión fraternal, sépase que ha sido, no para confusión de este religioso, sino para su enmienda y escarmiento; lo he hecho en este lugar porque en este lugar ha delinquido, y al que en público peca se debe corregir públicamente; y por último, he dicho, señores, lo que habéis oído, para que se advierta que si hay algunos pocos frailes relajados que escandalicen, también hay muchos que abominen el escándalo y que edifiquen con su buen ejemplo. Ustedes continúen divirtiéndose y pasen buena noche.

Diciendo esto, se entró mi tío á la recámara que se le destinó, llevándose de la mano al avergonzado religioso. Los más de los bailadores ya se habían ido porque no les acomodó el sermón; los músicos se estaban durmiendo, mis padrinos y yo teníamos ganas de acostarnos, y con esto, pagó Roque lo que se debía á los dichos músicos, se fueron todos á sus casas y nos recogimos.

Al siguiente día nos levantamos tarde yo y mi esposa, á hora en que ya el tío había llevado al frailecito á

su convento, aunque, según después supimos, sólo lo dejó en su celda, acompañándolo como amigo sin acusarlo ante su prelado como él temía.

Se pasaron como quince días de gustos en compañía de mi esposa, á quien amaba más cada día, así porque era bonita como porque ella procuraba ganarme la voluntad; pero como en esta vida no puede haber gusto permanente y es tan cierto que la tristeza y el llanto siempre van pisándole la falda al gozo, sucedió que se cumplió el plazo puesto al cajonero y al platero, y cada uno por su parte comenzó á urgirme por su dinero.

Yo, tan lejos estaba de poder pagarles, que ya se me había arrancado de raíz, y tenía que estar enviando varias cosas al Parián y al Montepío á excusas de mi mujer, porque no conociera tan presto la flaqueza de mi bolsa.

Los acreedores, viendo que á la primera y segunda reconvención no les pagué, dieron sobre el pobre abogado, y éste, no queriendo desembolsar lo que no había aprovechado, me aturdía á esquelas y recados, los que yo contestaba con palabritas de buena crianza, dándole esperanzas y concluyendo con que pagara por mí, que yo le pagaría después; mas eso solamente era lo que él procuraba excusar.

No sufrieron más dilación los acreedores, sino que se presentaron al juez contra el abogado, manifestando